

y mi sobrenombre de Garatuza, no soy yo capaz de hacer lo que tú haces; pero esta noche me las pagarás todas juntas.

—Y se entró precipitadamente, porque habia sonado la campanilla con que acostumbraba llamar el virey.

S. E. habia despertado y necesitaba á Martin para vestirse.

XV.

En donde se ve hasta qué grado puede ser peligrosa la vecindad de una muchacha bonita.

EN esa misma mañana los lacayos de Don Pedro de Mejía advirtieron una novedad en la calle.

Frente á la casa de Don Pedro habia una casita pequeña y humilde que estaba hacia mucho tiempo deshabitada, y que por esa razon habia permanecido cerrada, sin mas vecindad que un viejo zapatero que la cuidaba.

En aquella mañana las ventanas estaban abiertas; habia en ellas macetas con flores y jaulas con pájaros, y se podia descubrir en el interior un menaje pobre, pero limpio y de buen gusto.

Los curiosos esperaban con razon que como nuevos vecinos, los habitantes de aquella casa se asomaran temprano al balcon, y no se equivocaron: una vieja vestida de negro estuvo allí un rato y luego desapareció; pero á poco se dejó ver una jóven rubia hermosísima y vestida tambien de negro.

Todos los curiosos de la vecindad convinieron, y en esto aun las mismas mujeres, que la vieja era muy fea, pero que la jóven, con sus cabellos de oro y sus ojos color de cielo, parecia un arcángel. La jóven no se retiró tan pron-

to como la anciana, y los vecinos pudieron examinarla á su sabor sin encontrarle defecto.

Tenia un aire tal de candor y de pureza, que parecia que aquel cuerpo tan bello encerraba una alma mas bella aún.

La sencillez y la elegancia de su traje pregonaban á una dama de calidad, y su color negro y la ausencia total de alhajas, indicaban que llevaba luto por algun pariente muy cercano. En cuanto á sus bienes de fortuna, podia asegurarse que eran muy medianos.

Los balcones de la cámara de Don Pedro de Mejía quedaban precisamente enfrente de los de la dama enlutada. Don Pedro se paseaba acercándose á ellos, y necesariamente llamó su atencion ver abierta y habitada la casa por tanto tiempo abandonada y sola.

Los hombres y las mujeres, cuando llegan á cierta edad y no se casan, y son ricos y no tienen grandes negocios que los preocupen, generalmente caen en el vicio de la curiosidad. Don Pedro tenia todas aquellas circunstancias, y además, su educacion descuidada no podia hacerle una excepcion de la regla.

Quiso saber quiénes eran sus nuevos vecinos, y se plantó de centinela en un balcon.

Cuando salió la vieja Don Pedro hizo un gesto de disgusto, pero no se retiró. Sin embargo, su curiosidad aun no estaba satisfecha: á poco apareció la jóven, y entonces no fué el desagrado, sino la complacencia, lo que se retrató en su semblante.

—¡Linda mujer!—pensó.—¡Y tan cerca de mi casa! Vamos, si Dios no me ayuda, caigo en la tentacion.

La jóven dirigió casualmente la vista al balcon, y Don Pedro, sin poderse resistir, le hizo un saludo cortés.

La enlutada contestó avergonzada, y Mejía comenzó á preocuparse.

Durante todo el tiempo que ella permaneció asomada, él se mantuvo firme en su puesto: por fin la dama sintió sin duda que el sol calentaba demasiado, y se entró cerrando las puertas. Don Pedro permaneció aún, hasta que perdida la esperanza de volver á verla, se separó pensativo.

En toda la mañana no pensó en otra cosa. La imagen de aquella mujer iba y venia siempre delante de él, y estaba distraido, y hubiera querido pasarse el dia sentado en el balcon para verla otra vez, pero ella no volvió á salir, y él comenzó á fastidiarse.

Llegó la hora del almuerzo, y solo Don Alonso de Rivera se sentó á la mesa con Don Pedro.

Al principio guardaron silencio, pero Don Alonso le interrumpió diciendo:

—¿Sabeis, señor Don Pedro, que teneis vecinos nuevos en la casa de enfrente?

—Sí?—contestó Mejía entre afirmando y preguntando, y turbado como si le hubieran sorprendido en un secreto.

—Sí, una señora con su hija; personas de muy buena familia: la jóven es viuda del marqués de Torreflorida, que murió de la peste en Manila, cuando apenas tenia dos meses de casado con esta dama. El era un hombre ya anciano, podria haber sido su padre; pero ella se casó con él por gratitud: anoche han llegado, todavía tienen las ropas de duelo.

—¿Las conoceis?

—Tanto, que á mí han venido recomendadas por un mi amigo de Filipinas. Esta mañana he estado á hacerles una visita.

—¿Cómo se llama la jóven?

—Estela de Sandoval, marquesa viuda de Torreflorida.

—Precioso nombre.

—Hele ofrecido que si por vivir sola necesitase algo, vos que sois mi amigo tendreis gusto en serle útil, ¿es cierto?

—Cierto es.

—Como no tienen amistades, ni quieren tenerlas, porque piensan partir muy pronto para España.....

—¿Vánse pronto?

—Sí, que tienen que reclamar, segun me han dicho, la herencia de un tio de Estela. El marqués dejó á su linda esposa un título, pero no un caudal.

Don Pedro no contestó, y varió despues el giro de la conversacion.

Acabó el almuerzo, se levantaron los manteles, y de sobremesa Don Pedro volvió á promover el mismo asunto.

—¿Por qué—dijo—no ofreceis á esa dama una de mis carrozas, para cuando quiera salir?

—Seria inútil, porque yo tambien la hice igual oferta, y contestó que no tenia para qué salir.

—¿Cuándo volveréis á verla?

—Dentro de un momento tengo que ir á la casa.

—¿Podríaís pedirle permiso para llevarme á ofrecerle mis servicios y mis respetos?

—Con mucha satisfaccion.

—Bien, no lo olvideis.

—Imposible; y tanto mas, cuanto que en este momento, si me lo permitís, me retiro, porque deben estarme esperando.

—Id, Don Alonso, que mal haria en deteneros cuando se trata de tan noble y hermosa dama como decís que es esta.

Don Alonso tomó su sombrero, bajó, atravesó la calle y

entró en casa de la dama enlutada, no sin advertir que Don Pedro estaba ya mirando desde el balcon.

La casa en que entró Don Alonso era la misma, como habrá visto el lector, en que habia entrado el Padre Salazar, engañado por el equívoco de una dama.

Don Alonso subió ligero las escaleras, y se dirigió á una estancia en que estaba la jóven del traje negro, que no era otra sino Doña Catalina de Armijo.

Don Alonso se llegó á ella familiarmente, le tomó el rostro entre las manos, y besó aquella boca fresca y perfumada como un clavel.

—Buenos dias y buenas noticias, hermosa—la dijo.

—¿Qué hay?

—El pez ha mordido el anzuelo, y es nuestro.

—Ya lo sabia yo.

—¿Cómo!.... ¿Tan pronto?

—Las mujeres no necesitamos ni un año ni un libro entero para saber á qué hombre le causamos ilusion.

—Lo creo.

—Nos basta una mirada, todas somos iguales; pero no todas somos tan francas.

—Bien, ¿pero qué habeis notado?

—¡Bah! Poca cosa: vuestro hombre....

—Decid mejor nuestro hombre.

—Me es igual; pero nuestro hombre me vió apenas en el balcon y me ha saludado, y no me ha despegado la mirada.

—¿Os conoció?

—Sí.

—Pues nada me ha contado de eso.

—Otra señal; si se guarda reserva en estos casos, la cosa es hecha.

—¿Y qué os pareció?

—¿La verdad?

—La verdad.

—Un oso, un mastin ó cosa semejante, pero menos un hombre.

—Sois injusta, á fé mia.

—¿Qué importa! ¿Creeis que le admitiré por su figura?

—Creo que no.

—Con tal de que tenga las demás cualidades que me habeis dicho.

—Las tiene.

—Entonces dejad que sea un nahual, cerraré los ojos.

—Héle contado cuanto hemos convenido, no lo olvideis.

—Descuidad, que sabré hacer muy bien mi papel: ¿y cuándo vendrá?

—Esta noche.

—Me alegro.

—Preparaos bien.

—Ya, ya vereis si vos mismo no quedais satisfecho de la marquesa viuda de Torreflorida.

Y Catalina tomó un aire de gravedad y de modestia y de aristocracia que le sentaba á las mil maravillas.

—Sois encantadora—dijo Don Alonso volviendo á besarla.

—Ya estais al tanto de todo, y me voy.

—¿Conque esta noche?

—A las ocho. Adios, Estela.

Don Alonso salió y Doña Catalina se paró delante de una pequeña luna á estudiar el modo de darle mas gracia á su fisonomía.

Entretanto Don Pedro cerca del balcon pensaba:

—¡Una marquesa! ¡Y tan linda! ¡Este lance no debe perderse!

—Dispenad—le dijo—que os molesto; tened por bien

el ser visto que necesitaba de vuestro consejo.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Martin Garatuza.

—¿Y dónde vive?

—Vive en la calle de la Cruz.

—¿Y qué hace?

—Es un negociante.

—¿Y qué negocio?

—Es un negociante de ropa.

—¿Y qué ropa?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

—¿Y qué ropa de lujo?

—Es un negociante de ropa de lujo.

XVI.

Cómo Garatuza conoció á un su amigo y fué reconocido por otro.

EL virey se preparó á dar audiencia y recibir felicitaciones, y Garatuza, que comprendió que allí nada tenia que hacer, sin decirle palabra de lo que habia pasado con Don Baltasar de Salmeron, salió á la calle ostentando su librea de la servidumbre del marqués de Cerralvo.

No faltaban en la plaza multitud de curiosos que ansiaban por conocer al nuevo virey, á quien no habian podido ver la víspera.

Garatuza se deslizó entre los grupos procurando escuchar las conversaciones.

De repente volvió el rostro con viveza, porque llegó á sus oidos una voz que le era muy familiar.

En uno de los grupos habia varias personas conversando, y entre ellas se distinguia por su elevada estatura un negro vestido con bastante lujo.

Martin le miró atentamente, y luego sin vacilar se dirigió á él.

—Dispensad—le dijo—que os moleste; ¿tendreis por bien el oír algo que necesito deciros á solas?

—Sí—contestó el negro examinando con estrañeza á su interlocutor.

—En tal caso, no tendreis inconveniente en seguirme.

—Ninguno—contestó el negro separándose del grupo en que estaba; y siguiendo á Martin, salieron de la plaza Mayor por la gran calle de Ixtapalapa.

Cuando se encontraron en una calle menos concurrida, Martin se detuvo repentinamente y dijo al negro:

—Teodoro, ¿conoceisme?

El negro le examinó detenidamente y luego le dijo:

—La verdad.....no recuerdo.

—¡Teodoro!—exclamó Martin abrazándole—¿posible será que no reconozcáis á vuestro amigo, á Martin?

—¡Martin!—exclamó Teodoro separándose un poco para mirarle el rostro á su sabor;—Martin ¿en ese traje?

—El mismo; yo os explicaré mas tarde: por ahora abrazadme, que soy vuestro amigo.

Teodoro abrazó cordialmente á Martin, y comenzaron á caminar hablando muy amigablemente por la calle de Ixtapalapa.

Teodoro llevaba el lado de la pared de las casas, y Martin el de la calle; así pasaron por frente á la casa de Don Pedro de Mejía.

En una de las puertas de las cocheras de la casa, sentado en el suelo, se calentaba á los rayos del sol un mendigo, el mismo que habitaba por la caridad del dueño de la casa, en una de las viviendas de Don Pedro de Mejía: Lázaro.

Lázaro vió desde lejos venir á aquellos dos hombres, y escuchó sus voces; y entonces sus ojos brillaron, y comenzó á animarse su fisonomía.

Al acercarse ellos, Lázaro se puso de pié; miró si alguien observaba desde los balcones ó las puertas, y tomando un aire triste y compungido y con una voz lastimera, dijo como decian entonces los mendigos:

—¡Señores, caballeros, por el honor que usías gozan y por la salvacion de sus almas, una limosna á su pobre necesitado!

Detuviéronse Martin y Teodoro buscando una moneda que dar á aquel hombre; pero antes que lo verificasen, Lázaro, cambiando de tono, dijo:

—Teodoro, Martin, no me conocereis quizá; pero no quiero limosna, lo que deseo es hablaros á solas.

Teodoro y Martin se miraron asombrados; Lázaro continuó:

—Necesito hablaros á los dos y á solas; desde tierras muy remotas vengo á buscaros: ¿cuándo y adónde? Pronto, porque nos observan.

—Esta noche á las ocho, en la puerta de la casa del Cristo—dijo Martin dándole un duro para disimular.

—Esta tarde á las cuatro en la casa de Don Carlos de Arellano. ¿Sabeis?—dijo Teodoro.

—Sí—contestó el mendigo besando el dinero que le habian dado, de modo que todos los transeuntes vieran esta accion propia de los hombres de su especie, y retirándose violentamente para no escuchar las preguntas de Martin y Teodoro.

No tuvieron éstos mas recurso que continuar su camino, haciendo comentarios sobre quién seria el misterioso mendigo, pero sin alcanzar la menor idea de quién fuese.

A las cuatro de la tarde Teodoro esperaba en la puerta de la casa de Don Carlos de Arellano, y no tardó en distinguir al mendigo que se acercaba casi arrastrándose; se ade-

lantó á su encuentro y le hizo entrar en uno de los aposentos que estaban en el último patio: se encerró con él, y allí permanecieron hasta la oracion de la noche.

A esa hora salieron, y pudo observarse que á pesar del empeño que Teodoro mostraba en disimular, trataba al mendigo Lázaro con un gran respeto, casi con reverencia, y le acompañaba tambien en la calle como para llevarle á alguna parte.

El mendigo llevaba debajo del brazo un bulto que parecia ser de ropa, y aun se asomaba entre ella la taza de una espada.

Entonces no fué Lázaro á la casa de Don Pedro; siguió un rumbo muy distinto, y entró con Teodoro en una casa de la calle de San Hipólito.

Era la casa de Teodoro, y nada faltaba allí; ni la mujer del negro, ni sus hijitos, ni nadie.

En uno de los aposentos depositó Lázaro el bulto que cargaba, y le abrió despues.

Contenia ropillas, calzas, talabartes, ferreruelos, todo cuanto podia ser necesario para el traje completo de un caballero, inclusa la espada, pero todo de gran lujo, de seda, de terciopelo, con galones de oro y con bordados.

Lázaro puso todo en orden y se dispuso para retirarse.

—Aquí teneis la llave de este aposento—dijo Teodoro;—cuando gusteis entrar y salir á esta casa, no tendreis obstáculo, cualquiera que sea la hora del dia ó de la noche en que os acomode.

—Gracias—dijo Lázaro—gracias, esto es uno de tantos favores como os debo.

Y erguido, garboso, ligero, se dirigió á la puerta de la calle acompañado de Teodoro.

Apenas salió, volvió á tomar su aire enfermizo y su modo de andar vacilante.

Teodoro le miró alejarse entre la vaga luz del crepúsculo vespertino, y luego entró en su casa exclamando:

—¡Dios le ayude! La venganza es mala, pero quizá en esta vez sea solo un acto de la justicia del cielo.

Lázaro llegó muy fatigado á la casa de Don Pedro de Mejía, y se encerró en la boyedita debajo de la escalera.

Los criados le oyeron llorar y sollozar.

—¿No miras por aquí al sugeto de cuyas manos cayó la carta que anoche entregaste á Su Excelencia?

—No, señor—contestó Garatuza.

—Búscale, que si es español y de calidades, aquí debe encontrarse. Sígueme, y si le vieres hazme una señal.

Garatuza calculó que cualquiera que designase, teniendo las condiciones que marcaba el visitador, era un enemigo natural de los conspiradores de la casa del Cristo, y así es que sin escrúpulo se puso á escoger su víctima entre los presentes.

Notable se hacia, por la viveza con que hablaba, y por sus ademanes violentos y nerviosos, un español ya anciano, de poca estatura y que parecia ser muy considerado de los demas.

Garatuza le marcó en el acto y se acercó al visitador.

—¿Le encontraste?—preguntó éste.

—¿Advierte su señoría aquel viejo que habla y acciona como un espirituado?

—Sí.

—Pues ese es; le conoceria aunque hubiesen pasado diez años.

—Está bien, retírate.

Garatuza se retiró mordiéndose los labios y diciendo entre sí:

—La llevaste.

La ceremonia se prolongó hasta la hora de la comida, el virey fatigado se entró á su cámara sin querer tratar mas de negocios, y Martin tuvo que conformarse con esperar.

En la tarde las antecámaras volvieron á llenarse de gente, y Martin, convencido de que tampoco podria hacer nada, se salió á la calle.

Habria andado cuando mas doscientos pasos, y sintió que

XVII.

En que Martin, creyendo acertar, yerra.

MARTIN tenia cita pendiente para la noche con el mendigo. Pensaba desembarazarse de Don Baltasar de Salmeron, arreglar sus negocios para emprender el viaje á Acapulco el dia siguiente, y por fin asistir en la tarde á Palacio para salir airoso del lado del virey.

Muchos negocios eran estos; pero Martin no era hombre que mirase obstáculos, y determinó terminarlos todos satisfactoriamente.

Echó sus cuentas, y determinó comenzar la tarea yendo á Palacio tan luego como se separó de Teodoro.

Aun habia allí un gran número de caballeros y de personas principales de la ciudad que estaban cumplimentando á Su Excelencia.

Garatuza, merced á su librea, atravesó entre todos con toda la altivez de un lacayo de gobernante, y á poco se encontró con el visitador Don Martin Carrillo, que salia de la cámara del virey.

Don Martin al ver á Garatuza le llamó, y apartándose de los que le rodeaban, le dijo en voz baja:

le tocaban por detrás en el hombro; se volvió y reconoció al Padre Salazar.

—¿Qué teneis?—exclamó al mirarle pálido y agitado.

—Que en este momento las gentes del virey están en mi casa, y han preso á mi padre y á Leonel mi hermano; felizmente no tengo yo allí papeles que puedan comprometernos; pero quizá Leonel los tenga y registren la casa; esto debe ser alguna denuncia.

—¡Ah, víbora!—exclamó Martin pensando en Don Baltasar—quizá duplicaste tu carta y pasó sin que yo la viera.

—¿De quién hablas? ¿sospechas de álguien?

—Sí, ya os lo diré; por ahora lo que importa es salvar á Don Leonel á todo trance: vos ocultaos.

—¿Pero cómo?

—Voy ahora mismo á vuestra casa, y ya vereis.

—Nada conseguirás.

—Ya vereis; dejadme.

Y Garatuza echó á correr para la casa del Padre Salazar.

Habia allí un gran tumulto; centinelas, alguaciles, curiosos; Martin llevaba su librea, que era un salvoconducto. Llegó hasta donde un capitán de alabarderos que mandaba la expedición, dictaba sus órdenes, y sin vacilar se dirigió á él.

—Su señoría dispense; vengo con una comision secreta de S. E. el señor virey á esta casa, y espero que su señoría me dará ayuda con la fuerza que manda.

—¿Qué mision es y cuál la prueba?

—En cuanto á la mision, advertí á su señoría que era secreta; en cuanto á la prueba, podeis desengañaros con esta orden.

Y Martin como haciendo gala sacó y mostró al capitán la orden amplísima que el virey, á petición suya, le habia da-

do para entrar y salir á Palacio á todas horas y por todas partes.

—Esto no es una prueba—dijo el oficial.

—Es prueba de que tengo comisiones secretas del vireinato—contestó Martin con altanería:—vos podeis desconocerme, impedir que cumpla mi mandado; no insisto porque teneis la fuerza: me voy, tened esto presente y esperad las resultas.

Y dió violentamente la vuelta como para retirarse.

—Aguardad—dijo el capitán desconcertado con la audacia de Garatuza—aguardad, que solo dudé, pero no negué nada: decidme, ¿qué quereis?

—En primer lugar, ver á los detenidos.

—Venid.

El capitán introdujo á Martin en un aposento contiguo, donde estaban Don Leonel y su padre.

Poco faltó para que Garatuza hubiera dado un grito de espanto al mirarles. El padre de D. Leonel era nada menos que el viejo á quien él habia denunciado como conspirador.

Entonces lo comprendió todo: ni Don Baltasar habia duplicado su carta, ni aquello venia por el Padre Salazar y por Don Leonel; todo era obra de su imprevision; él habia sido la causa de aquel escándalo, que no se figuraba hasta dónde podria parar.

—Soy un bárbaro—pensó Garatuza—un elefante: y ahora ¿qué hacemos? ¿Cómo saco yo á este pobre viejo del poder de los golillas?

—Aquí teneis á los presos—dijo el capitán.

—Desearia hablar con el jóven.

—Habladle.

Garatuza se acercó á Don Leonel, que estaba á alguna distancia de su padre, y le dijo:

—No tengais cuidado, todo esto no es ni por vuestro hermano ni por vos; nada se ha descubierto de lo de la casa del Cristo: vuestro padre ha sido denunciado como partidario de los fautores del motin de Enero, y esto es todo.

Don Leonel miró á Garatuza sin conocerle; pero éste disimuladamente le enseñó el anillo que traia en la mano izquierda, y Don Leonel se tranquilizó.

—¿Deseais—continuó Martin—salvar algunos papeles? Soy el hombre que vino de Acapulco, Martin, ¿recordais?

—Sí, recuerdo.—Oid: al terminar este corredor que tenemos enfrente, hay un aposento; en él hallareis un armario; sacad de él una cajita de ébano con una llave pendiente de una cadenita, lleváosla y ocultadla hasta que esté yo libre.

—Comprendo—contestó Martin, y salió violentamente.

Entretanto Don Gonzalo de Salazar, el viejo padre de Don Leonel, parecia estar sentado en un sitial de fuego: se removia en él, apretaba los puños, rechinaba los dientes y lanzaba de cuando en cuando un pujido enérgico, acompañado de un sacudimiento de cabeza que podia interpretarse, conociendo su temperamento, por una enérgica maldicion.

Garatuza sacó la caja que le habia indicado Don Leonel, y volvió á darle la noticia.

—He reflexionado—le dijo el jóven—que mejor favor me hareis llevando esa caja á la calle de las Canoas, en la casa Colorada, adonde buscareis á Doña Juana de Carbajal, entregándole de mi parte ese depósito y refiriéndole cuanto habeis visto.

—Así lo haré—contestó Garatuza.—En cuanto á vos, des-
euidad, que tengo de salvaros, y os lo juro por el santo de

mi nombre: voyme, que no seria prudente que sospechasen.

Martin salió de la casa y se dirigió al palacio.

El virey estaba encerrado en su cámara con el visitador, y habia ya preguntado por Benjamin; así es que cuando Garatuza llegó á Palacio, todos los criados le avisaron que Su Excelencia le buscaba.

Martin habia concebido ya su plan, y la ocasion le venia como de molde.

Sudando, y con muestras de grande agitacion, se presentó al marqués de Cerralvo.

—¿S. E.—dijo hipócritamente—me manda venir?

—Sí, contestó el virey;—¿adónde estabas?

—Perdóneme S. E.; pero ví en una calle gran escándalo, y por traer noticias á S. E. entréme á una casa que me dijeron ser de Don Gonzalo de Salazar, y usando de la orden que V. E. me dió, logré averiguar.....

—¿Y qué averiguaste?

—En primer lugar, que aprehendia la justicia al Don Gonzalo y á sus hijos.

—¿Y qué mas?

—Que se hacia cateo en sus papeles.

—¿Y qué otra cosa?

—Señor Excelentísimo—dijo Martin como temeroso de lo que iba á decir—no sé si me atreva.

—Dí, dí.

—Pues con el perdon de V. E. y de su señoría el señor visitador, que..... ¿Pero no se enojará S. E.?

—¿Hablarás?

—Nada, señor, sino que el escándalo de este asunto va á ser causa de que todos los comprometidos se preparen y V. E. nada averigüe.

El virey miró al visitador, y éste se puso encendido, com-

prendiendo que aquella mirada era una especie de reproche, y que él había cometido lo que se llama una ligereza.

—Espérate afuera—dijo el virey á Martin.

Garatuza salió fingiéndose compungido, y cerró la puerta poniéndose en acecho como de costumbre, pero sonriéndose silenciosamente.

—¿Qué opinais de lo que dice este muchacho?—dijo el virey.

—Lo cierto es—contestó el visitador—que el tuno tiene mucha razon, y que yo confieso con humildad mis faltas; reconozco que obré con ligereza.

—¿Pero cómo remediarlo?

—Podremos enviar orden para que se suspenda el procedimiento.

—Eso no produciria el resultado que se desea.

—Quizá seria mejor, para distraer á los españoles que conspiran, y hacerles creer que todo esto es en virtud de la denuncia que me hicieron, librar á Don Gonzalo y prender solo á sus hijos, que como criollos podian reportar las sospechas.....

—En efecto, este sí es un medio de que los verdaderos conspiradores crien confianza, mirando que sus planes salen bien.

—Y podrá seguirseles la pista, porque piensan que el gobierno se ocupa de otra cosa.

—Perfectamente, quizá salga mejor así la cosa.

—Malísimo—decia entre sí Garatuza oyendo esta conversacion—salió el tiro por donde menos lo esperaba: en fin, veremos, creo que llaman.

La campanilla volvió en efecto á sonar, y Garatuza entró, el visitador escribió y firmó, entregando el papel al virey.

—Oyeme, Benjamin—dijo el marqués—llevas esta orden

al capitán de alabarderos, que está en la casa de Don Gonzalo, procurando leérsela delante de éste.

—Pero si no sé leer, Excelentísimo Señor.

—Es verdad, ¡qué lástima! lo había olvidado; pues entonces, le dices que la lea; ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Pero inmediatamente.

—Con permiso de V. E.

Y Martin salió haciendo una reverencia.

En la antecámara leyó la orden; decia sencillamente:

«Como la denuncia que ante mí se ha hecho, solo envuelve á los criollos por una conspiracion, os reducireis á proceder únicamente contra los hijos de Don Gonzalo de Salazar, y respetareis la persona y papeles del dicho Don Gonzalo. El visitador y juez pesquisidor,

DON MARTIN CARRILLO.»

—Malo!—dijo entre sí Garatuza.—¿Y cómo presento ahora esto? Van á creer estos hombres que yo los he denunciado..... ¿Qué haré?..... Nada, alma grande y adelante.

Llegó á la casa de Don Gonzalo, pero no subió, é hizo avisar al capitán que abajo le esperaba una orden del señor visitador.

El oficial bajó inmediatamente.

—Aquí teneis—le dijo Martin—una orden de su señoría que debo entregaros en mano propia; advirtiéndoois que es la voluntad de su señoría que Don Gonzalo se entere de ella sin que vos le digais por dónde ha venido á poder vuestro.

—Cumpliránse las órdenes de su señoría.

El oficial volvió á subir, y Martin se salió á la calle.

Don Gonzalo oyó leer la orden, y no le fué posible ya contenerse; su mal humor, reprimido por la presencia de la justicia, estalló.

—Muy bien—dijo dirigiéndose á Don Leonel;—¿con que andais vos y vuestro santo hermano en conspiraciones? ¿y me poneis así, en estos trances, á mí? ¿á uno de los mas fieles vasallos de S. M.? (que Dios guarde). Vamos, vamos, si no sé cómo me contengó. ¡Criollos habíais de ser los dos para andar con semejantes vilezas!

—Pero, padre.....

—¡Qué padre, ni qué nada! Yo no soy, no quiero ser padre de criollos, ¿lo entiendes? de criollos, malditos criollos.....

Y el viejo, sin escuchar mas, usó de su libertad retirándose á su cámara y murmurando entre dientes:

—¡Al fin criollos, al fin criollos!

XVIII.

Cómo hizo Don Pedro de Mejía su primera visita á Doña Catalina, y lo que en ella pasó.

TRASPORTAREMOS al lector á la casa que habia tomado Doña Catalina en la calle de Ixtapalapa y frente por frente de la soberbia habitacion de Don Pedro de Mejía.

Era de noche. Dos humildes velas de sebo alumbraban la sala de aquella casa, que estaba amueblada, segun hemos dicho, con decencia, pero muy pobremente: en el estrado estaban sentadas Doña Catalina, la vieja madre y Don Pedro de Mejía; Don Alonso en un sitial estaba al lado de Don Pedro: la conversacion era animada, y se trataba del asunto del dia, de la entrada del nuevo virey.

—¿Con que nada ha visto mi señora la marquesa?—decia Don Pedro, procurando dar á su rostro un grande aire de amabilidad.

—Absolutamente nada, ¿qué quereis? Una pobre mujer sin amparo, sin relaciones, quizá quizá sin tener un caballero que la ofrezca su brazo para salir á los paseos.

—¡Oh! sois injusta conmigo, marquesa—dijo Don Alonso—que os he ofrecido mi pobre compañía, que no habeis querido aceptar.

—Tiene razon—agregó la vieja.—El señor Don Alonso te ha ofrecido, hija mia, que vendria por nosotras.

—Perdonadme, Don Alonso—dijo Catalina,—no lo quise decir por vos, á quien no tengo sino mucho que agradecer desde el instante que pisé este suelo. Pero en verdad no podreis negarme que estoy en situacion tan triste, que no puedo pensar en diversiones.

—No hareis bien, señora marquesa—replicó Don Pedro;—por el contrario, debeis buscar la distraccion, los paseos: sois jóven, aun podeis ser feliz en el porvenir.

—¿El porvenir?—dijo Catalina limpiando sus hermosos ojos como si llorase;—¡oh, está muy negro y muy tempestuoso el mio!

—No lloreis, marquesa, el destino puede quizá cambiar mañana.

—Eso mismo le digo yo todos los dias, señor Don Pedro, pero esta niña se ha empeñado en hacerse la vida pesada.

Don Pedro estaba mortificado, creyendo que él habia sido la causa de aquel llanto, al tocar la fibra delicada del corazon de la marquesa, y la miraba con profunda ternura mientras que ella seguia con el rostro cubierto con el pañuelo y afectando algunas veces suspiros y sollozos.

Don Alonso y la vieja se cruzaron una mirada de inteligencia.

La vieja entonces se levantó y dijo á Don Alonso:

—Pues en tan buena y honrada compañía queda mi hija, espero que el señor Don Pedro me excusará un momento, porque tengo que mostrar al señor Don Alonso unas cartas que han llegado para mí, por conducto de uno de los de la comitiva del marqués de Cerralvo.

—Haced, señora, como gustéis—dijo Don Pedro.

La vieja y Don Alonso salieron de la sala, y Don Pedro quedó enteramente solo con Catalina.

La ocasion era tentadora, Don Pedro comenzaba á sentirse enamorado, y Catalina estaba hechicera.

Sus manos blanquísimas y perfectamente contorneadas, y el nacimiento de sus torneados brazos, hacian un maravilloso contraste con su traje negro: sus cabellos de oro, cayendo sobre su cuello gracioso, formaban una especie de auréola á su rostro encantador.

Catalina habia dejado salir como por descuido, fuera de la orla de su vestido, un pié pequeño y primorosamente calzado con un zapato de taflete negro, con clavos y tacones de plata.

Don Pedro la examinaba con pasion y no se atrevia á dirigirle la palabra; por fin, hizo un esfuerzo, comprendió que no debia dejarse pasar la ocasion, y se arriesgó á decirle tímidamente:

—Marquesa, ¡qué feliz será el hombre que pueda volveros la dicha!

—¡Ay! ¿y cómo podia volvérmela nadie?

—Amándoos, señora, y siendo amado por vos.

—Don Pedro, ¡qué mal conoceis el mundo! ¿Quién creéis que pueda pensar en mí, viuda, pobre, desconocida?

—Cualquiera, marquesa, cualquiera se consideraria dichoso si vos le amáseis, si le prométieseis vuestra mano.

—Os engaña vuestro generoso corazon, Don Pedro: si yo hubiese heredado de mi esposo un rico patrimonio, si hubiera venido á México con un espléndido cortejo, á vivir en un palacio, teniendo carruajes, lacayos, palafreneros, damas, entonces, tal vez, muchos habrian pretendido mi mano, me habrian ofrecido su amor; pero así, pobre, sin galas, sin trenes, viviendo en esta pobre casa, y sin mas amigo

que Don Alonso de Rivera antes, y ahora vos, ¿pensais que haya álguien que se ocupe de la pobre viuda, aun cuando sea una marquesa?

—Marquesa—dijo Don Pedro con marcada intencion—si la modestia y la hermosura son las dos flores mas bellas, y vos las poseeis, seguro estoy de que en este momento hay álguien ya que piensa mas en vos que lo que vos podeis suponer.

—¿Y quién es?—preguntó Catalina con fingida inocencia.

—Es un hombre, marquesa, que quizá no os pueda presentar un título de nobleza, ni una ejecutoria como la vuestra; pero en cambio, puede ofreceros un amor sin límites, y un caudal con que satisfacer hasta el mas pequeño de vuestros deseos.

—Es imposible que haya un hombre que me ame así, cuando acabo de llegar á México y muy pocos me conocen.

—Pues entre esos pocos está, marquesa.

—Es que son tan pocos, que quizá no pasen de Don Alonso y de vos.

—Buscadle entre ellos—dijo Don Pedro con exaltacion.

—¿Don Alonso?—dijo Catalina tratando de llevar á Mejía hasta sus últimos atrincheramientos—¿Don Alonso? Vaya, pero es raro, que jamás me ha indicado nada.

—Entonces, no debe ser él.

—Luego.....

—¿Luego qué, señora?

—Sereis vos.

—Yo, yo mismo—exclamó Don Pedro.

Doña Catalina estuvo á punto de reirse al ver la cara que ponía aquel hombre.

—Parece un oso—pensó—y luego agregó en voz alta:

—Don Pedro, ¿cómo creéis que yo me fiara de un amor

tan violento y tan repentino? Eso solo se cuenta en las historias.

—Se cuenta en las historias, marquesa, y siempre es verdad, créedme, porque yo jamás miento; os amo, marquesa, y me creeria feliz al haceros dichosa á vos.

—Vamos, si me parece cosa de milagro.

—Llamadle como querais, marquesa, pero es cierto; soy solo, rico, puedo haceros muy feliz. ¿Me amareis, señora?

—¡Cuidado, señor Don Pedro, cuidado! Muy de prisa vais: no es cosa de tomar así un corazon como una plaza, por sorpresa; nos trataremos, y entonces veré si os puedo dar esperanzas.

—Mucha crueldad es esa.....

—No, prudencia, prudencia.

—La vieja y Don Alonso, que habian estado en acecho, comprendieron que era el momento de cortar la conversacion, y entraron á la sala.

Don Pedro procuró reponerse de la agitacion que le habia producido aquella escena.

—Nos retiramos, Don Pedro—dijo Don Alonso.

—Cuando gustéis, contestó Don Pedro.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó con un aire angelical Doña Catalina.

—Es tarde, aun tenemos que hacer—contestó Don Alonso.

—Marquesa—dijo Don Pedro—supongo que mi amigo Don Alonso de Rivera os habrá dicho que en mi casa hay constantemente una carroza enganchada siempre á vuestras órdenes, de tal manera que no teneis sino que avisar y os la traerán.

—Gracias, Don Pedro, pero ya os lo he dicho; por ahora no salgo á ninguna parte.